

con el auxilio de Don Miguel, hermano del general carlista; uno de los sujetos mas notables en la comunión liberal Vascongada.—Don Tomás finjó prestar oídos á las proposiciones, con el fin de ganar tiempo; resultando que al conocerlo así el gefe isabelino concibiese un resentimiento vivísimo; mediando violentas comunicaciones, y concluyendo por inaugurar una série de crueldades y represalias, que dieron á la guerra una índole feroz y deshonrosa para un pueblo civilizado; estendiendo las atrocidades hasta el sacrificio injustificable de personas inocentes.—La revolución tuvo un extravío cuya reminiscencia hace estremecer; y aunque nuestra crónica no recoge los propósitos de un vulgo por naturaleza maldiciente, no podemos prescindir de consignar, no sea mas que de paso, que la voz pública acusa á dos altas personas de la época de haber promovido este lamentable acaecimiento para precipitar actos revolucionarios, indicados como de necesidad inmediata.—El clero y las comunidades religiosas, en harto pronunciada mayoría, pertenecian á la seccion mas férvida del bando apostólico, y al estallar la guerra civil no solo hacian gala de sus opiniones, sino que prestaban declarado apoyo á la causa rebelde; organizando una especie de sublevación de las conciencias, desde los miste-

riosos diálogos confesionales hasta la cátedra de la predicación evangélica.—El cólera-morbo asiático, despues de haber diezmando algunas provincias, penetró en Madrid, sembrando la muerte y la consternación en la Capital de la monarquía.—Empezó á circular la especie de que se hallaban envenenadas las aguas, y se añadió á esta noticia la de que los frailes eran los autores del daño. El pueblo comenzó á removerse al impulso de estas aterradoras nuevas. Pronto aumentaron el efecto de la plebeya credulidad hombres de salvaje energía, que hablaban de venganza y esterminio, burlándose de los respetos que aun contenian las iras populares. Luego se presentaron las notabilidades de todo alzamiento popular: esos héroes de la última clase social, que provistos de instrucciones secretas y contando con el prestigio de su crédito entre las masas, deciden lo mismo una sangrienta matanza, que una jornada gloriosa.—La tragedia principia por un infeliz asturiano, en la fuente de la Puerta del Sol, á quien se dijo haber visto con un papel de polvos, en la tarea de inficionar los caños.—Las turbas se dejan guiar por fautores del tumulto que conducen á una plebe ebria y rabiosa al Colegio de Jesuitas, á los conventos de San Francisco el Grande y Santo Tomás; donde se entregan al degüello, al pillage y á las fero-

ciudades mas inconcebibles.—A presentar el cuadro de esta matanza se resiste nuestra pluma. Mas de cien religiosos perecieron á sa- blazos, tiros y puñaladas: los unos presentando el pecho á la saña de los asesinos: cayendo los otros abrazados al ára donde en vano pensaron encontrar sagrado refugio: implorando misericordia, esotros de las fúrias que levantaban sus brazos contra ellos y ahogaban sus plegarias con ahullidos de canibales: alcanzando mas cruda muerte los que intentaron resistir, defendiendo sus vidas de aquellas hordas desalmadas.—La Milicia Urbana, clamó por el castigo de los vándalos; pero el gobierno se contentó con informaciones sin consecuencias y al cabo de cinco meses, llevó al patíbulo á un jóven de diez y ocho años, contra quien no pudo resultar cargo alguno suficiente á persuadir como justicia lo que el pueblo consideró sacrificio al bien parecer y paliativo de un plan que partiera de altas rejiones; asimilándole al pensamiento de Danton en los degüellos de Setiembre de 1792.

Las Cortes no se limitaban al papel que les concedia el Estatuto; sino que ampliando sus facultades con peticiones cada vez mas enérgicas, indicaban aspiraciones impacientes á otro orden de cosas mas amplio para la representacion pública.—A nombres como los de Toreno, Alealá Galiano, Isturiz, Moscósó

de Altamira y Argüelles entre los procuradores se asociaban los de Caballero, Trueba y Cosío, Gonzalez y el fogoso orador Lopez, que prometian una nueva série de hombres al liberalismo.—Entre los Próceres figuraban Valdés, Quintana, el duque de Rivas, Cano Manuel, Palafox y Alava con otros adalides del constitucionalismo, que en su mayor parte suspiraban por franquear la artificiosa valla de unas instituciones insuficientes á los votos del pais.—El primer ataque al Estatuto fué un proyecto de ley que se dió en llamar la tabla de derechos, dividido en doce artículos, que establecian la igualdad ante la ley, la libertad de la prensa compatible con la época, la aptitud para cargos públicos sin mas distincion que la capacidad y el mérito, la abolicion de las odiosas confiscaciones, la responsabilidad de los Consejeros de la Corona, y la organizacion completa de la Milicia Urbana.—Los firmantes de la famosa tabla eran Gonzalez, el Conde de las Navas, Caballero, Trueba, Cano Manuel, Lopez y Chacon, entre otros menos notables.—Martinez de la Rosa y Toreno, que se le habia asociado en el poder, se sobrecogieron de esta osadia en una Cámara de tan restringidas condiciones, y se opusieron á la peticion, tachándola de inoportuna; pero nada les aprovechó su habilidad en el debate y aquellos artículos que

contenia la esencia del régimen representativo fueron aprobados por una considerable mayoría.—El voto de Santiago quedó abolido, y por último, se espidió la ley de 25 de Octubre, escluyendo al Pretendiente y á su línea de la sucesion á la corona de España; facilitando medios al gobierno para los gastos consiguientes á la enconada guerra civil, que presentaba el aspecto mas consternador.

Rodil se propuso un plan de campaña que principiaba por suponer masas facciosas é indisciplinados pelotones los que ya eran batallones bajo un pié respetable.—El defensor de Callao determinó seguir incesante la huella del Pretendiente, como la sombra de su cuerpo, y rivalizar con tropas organizadas medio en guerrillas en presteza y movilidad.—Mandó á Lorenzo y Espartero que se le unieran con sus divisiones, y dió el primer sangriento combate en Amézcoa.—Zumalacárregui dividió sus fuerzas enviando á Don Carlos al Bastan y Rodil hizo lo propio con las suyas; emprendiendo una serie de infructuosas marchas y contramarchas alternadas con eneuentrós costosos, que sin adelantar un puato, contribuian á dar mayor prestigio á el gefe guipuzcoano; haciéndose preciso que el gobierno pensara en el ilustre Mina para oponerle al terrible pro-hombre del carlismo.

Mina no era ya aquel intrépido y formi-

dable guerrillero, cuyas hazañas forman la página mas ilustre en la historia militar de la lucha contra Napoleon. Ahora devorado por una dolencia cruel, fruto de sus azarosas campañas, y de sus padecimientos en los últimos dias del constitucionalismo, en vano habia tomado las aguas de Cambó en Francia para restablecerse de la enfermedad que le puso al borde del sepulcro en Inglaterra. Se veia obligado á guardar cama la mitad del tiempo; haciendo conducir entre sus bagajes dos burras, con cuya leche se alimentaba. Con razon le decian *el Esqueleto* los partidarios de Don Carlos, y en valde se prometieron los isabelinos grandes consecuencias de un anciano moribundo, que no podia desplegar la actividad maravillosa de sus pasados lances, y que no contaba con aquella antigua cooperacion del pais, que le hacia encontrar guias seguros y avisos ciertos en la guerra contra los invasores de 1808.—El ejército de la Reina estaba aislado de una manera desastrosa; las fuerzas divididas en combinaciones descabelladas, y además en la intimidacion consiguiente á las derrotas de Fuenmayor y de Arrieta.—Mientras el carlismo organizaba sus huestes en las Provincias, el incendio de la guerra intestina se propagaba á entrambas Castillas, Aragon, Valencia y Cataluña; cundiendo por Asturias y la Man-

cha los chispazos que amenazaban una universal conflagacion. Merino, Cuevillas Balmaseda, Don Basilio, el Locho, Palillos, Lobito, Centinela, Carnicer, Miralles, Quilez y Cabrera, sostenian una guerra interminable, que hacia infructuosos los triunfos del ejército isabelino; pues dispersados aquí en un encuentro costoso, reaparecian seis jornadas mas allá organizados de nuevo; protegidos por una parte del país, especialmente por la clerecía; dispuestos á la sorpresa de convoyes, destacamentos y pueblos sin guarnicion.—Cataluña se habia libertado de los horrores de la lid fratricida, gracias á la enerjia del general Llauder. Las facciones aragonesas concibieron el proyecto de insurreccionar el Principado en una invasion atrevida, y atravesando el Ebro por Mora, se encaminaron á Falset. Allí los alcanzó Carratalá y poniéndolos en derrota, los hubiera esterminado á obedecerse puntualmente sus órdenes.—Los cabecillas catalanes Tristany, Ros de Eroles, Llauger, Roquica, Vilella, Llarch de Copons, y Plandolit, se replegaron á sus distritos al saber el contratiempo de la columna insurreccionaria, y redujeron sus operaciones á esas improvisas acometidas, misteriosa desaparicion, y escursiones aventureras que los franceses exasperados denominaban *la tactique des brigands* (*táctica de bandoleros*).—El infante

Don Sebastian, confiado en el juramento prestado á la Reina, aunque se sabia su inclinacion decidida á la causa de Don Carlos, apareció en Barcelona, con objeto de ponerse al frente de la columna dirigida por el general Romagosa.—Llauder noticioso del plan carlista, hizo evacuar el Principado al infante, (quien publicando una retractacion de su juramento á Isabel Segunda, se incorporó á la faccion navarra) y aprovechando el instante del desembarco de Romagosa le hizo prisionero, mandándole fusilar; inutilizando los movimientos por el Pirineo de los cabecillas catalanes al mando de Saperas el Caragol.—Mina ensayó el sistema terrorífico, y recordando el efecto del castigo que impuso á Castellfollit, determinó hacer escarmentar á los pueblos adictos á la faccion en el estrago de Lecaroz; villa que habia dado pruebas de extraordinarias simpatias á Zumalacárregui y su gente.—Ordenó la quema del pueblo y quintar los vecinos para ser pasados por las armas, y aunque de cien casas quemó veinte y de siete quintados fusiló tres, publicó una proclama á los navarros exajerando el suceso, y conminando con mayores extremos á los vecindarios afectos al carlismo.—Esta violencia, agravada por la jactancia de su autor, disgustó generalmente, y por mas que en las memorias de Mina se pretenda paliar suponiendo

do que surtió efectos saludables, y que formaba una de las tácticas de un plan encaminado á reprimir el deseado patrocinio con que se alimentaba á los carlistas, siempre se habrá de convenir en que se levantó contra ella un grito de unánime reprobacion en España y el extranjero; sublevándose los sentimientos de humanidad contra un atentado que no produjo ni una resulta de verdadera importancia; ni una consecuencia que pudiera lejitimamente referirsele.

Por este tiempo el general Don Luis Fernandez de Córdoba, restablecía los decaidos brios del ejército de la Reina con la señalada victoria de las Amezcóas, y revelaba los talentos de un caudillo que mas dotado de prudencia, habria sido de los primeros héroes de la revolucion española.—Mina comprendiendo la imposibilidad de hacer frente á tan afflictivas circunstancias, escribió al gobierno con una franqueza digna de encomio; poniendo en su noticia la necesidad de proveer con esmero á las exigencias indispensables de la campaña, y pidiendo su separacion del mando como precedente de confiarle á un gefe activo é ilustrado, revestido de discrecionales poderes, y capaz de sostener la competencia con el pro-hombre del carlismo.—El gobierno dió la direccion de la guerra al general Valdés, que en el desfiladero de

Artaza sufrió un desengaño de su decantada expedicion á las Amézcoas, y provocó una regularizacion de hostilidades conocida por el tratado de lord Eliot, que dando importancia á las fuerzas carlistas, mereció el enojo de los liberales, sin que le aceptase por esto la mayoría exaltada del bando carlino, unánime siempre en sustentar su causa por las últimas vias del rigor.—Zumalacárregui continuó sus operaciones con un éxito desolador para nuestros intereses. En Guernica causó una cruel derrota á Jáuregui, y en Descarga sorprendió á Espartero, poniendo en desbandada fuga su division, y salvándose el gefe isabelino por un prodigio de audacia y fortuna. Orga tuvo que tomar asilo en Elizaburu casi envuelto por Elio y Sagastibelza.—Valdés renunció á sus planes, volviéndose desconcertado á Pamplona, y dejando á Villafranca en poder del enemigo; á Tolosa espuesta á ser embestida; á Eibar ocupada por Eraso; desamparada Durango; invadido Ochándiano, y abandonado el importante valle del Bastan. Entonces fué cuando el caudillo de Don Carlos en el engrimiento de su prosperidad guerrera, midió con mirada de águila las distancias, esclamando: «*llevaré mis voluntarios á Madrid y venceremos*» y entonces fué cuando la Providencia que abatí al soberbio y ensalsa al humilde, marcó el dia de luto á

una vida que tocaba en el apogeo de su gloria.—El pretendiente no era mas que el nombre característico de un partido; inepto de todo punto para otro papel que el de personificar los intereses de un bando. Mientras que vivió sometido á la esclusiva influencia de Zumalacárregui todo parecia acorde, y hasta el bizarro gefe guipuzcoano atribuyéndole ideas suyas, logró que se creyera al hermano de Fernando Sétimo hombre de algun juicio y de rectitud. En los dias de difícil lucha y de inminentes peligros, Don Carlos no tuvo mas córte que algunos militares tan intrépidos como bruscos, que sia disimularle los riesgos de cada hora, le protestaban derramar por su causa y persona la última gota de su sangre.—Tan pronto como la guerra ofreció ventajas al carlismo, fueron llegando esa clase de cortesanos que hacen un juego de la influencia en el ánimo de los Príncipes, y obligan á los sucesos á oscilar al secreto impulso de sus combinaciones.—Zumalacárregui vió instalarse á los áulicos en torno del tio de Isabel Segunda y en vano trató á fuerza de servicios y brillantes golpes de contrapesar el influjo de los consejeros. Don Carlos consecuente con la perversa educacion palaciega, que produjo un Príncipe de Asturias y un Rey como Fernando, era incapaz de gratitud, inerte á los ilustres sacrificios en su obsequio,

y dócil á las cábalas de esos intrigantes, que se insinúan por un servilismo á que nunca pueden reducirse ni la probidad, ni el talento.—Persuadieron al Pretendiente que la toma de Bilbao, daría garantías para la contrata de un empréstito que se estaba negociando en Holanda, y apesar de que semejante empresa no entraba en el plan táctico del general en gefe, y asi lo manifestó, Don Carlos en forma de imperioso *ultimatum*, le dirigió por escrito esta pregunta—«¿Se puede tomar á Bilbao?»—Zumalacárregui respondió que sí; pero que se perderia mucha gente, y sobre todo, un tiempo preciosísimo en tales circunstancias. La orden para llevar á cabo el propósito siguió inmediatamente á la contestacion del capitán guipuzcoano, quien obedeció pesaroso.—Valdés emprendió una série de infructuosas operaciones de avance y retroceso, que fatigando infinito á nuestras tropas comprometian á cada momento posiciones de importancia, y por último, desesperando contrarrestar situacion tan penosa hizo dejacion del mando, que vino á recaer en el general Lahera.—El ejército carlista cargó sobre Bilbao con la impetuosidad de soldados que consideran á su caudillo una prenda segura de victoria, y tanto la guarnicion como la milicia urbana se aprestaron á recibir al enemigo con el aliento, que ha valido á la in-

signe plaza los mas relevantes timbres.—La primera embestida (el 14 de Junio) fué un portento de la bravura navarra y una maravilla de heroismo por parte de los defensores de Bilbao; retirándose los carlistas convencidos de que contra aquellos muros se estrellaban los arranques del valor mas desesperado. El 15 subió Zumalacárregui á las alturas del Palacio de Begoña para reconocer los trabajos de la ciudad, y hallándose asomado á un balcon recibió un balazo de fusil, que penetrándole por la ingle derecha le postró en el lecho de los dolores; siendo inútil que se le condujera á Cégama, en su país natal, donde sucumbió el dia 24.—He oido asegurar á un defensor de la plaza que el fusil disparado contra el caudillo carlista lo fué por la muger de un Urbano, que habiendo ido á llevar la comida á su esposo tomó por antojo el arma, haciendo una caprichosa puntería.—La muerte del animoso general marcó el punto de declinacion de la causa carlista, perdiendo el caduco principio la sávia vigorosa con que el génio de aquel hombre singular le rejuveneciera.—Los pueblos adictos á la Reina manifestaron en sus extremos de alborozo el terror á un capitán, que amagaba con el triunfo del absolutismo vivificado por la heroicidad, y el autor de esta humilde crónica recuerda funciones populares en

que el encono público hacía objeto de grotescas caricaturas el inesperado fin de un militar eminente, que hoy veneran amigos y contrarios del réjimen que con tanto tino defendía.—La-hera lejos de pensar en socorrer á Bilbao, sustentada en su briosa resistencia por el denodado Mirasol, dió á Latre y á Espartero la orden de replegarse á Portugalete, que resistieron entrambos generales, particularmente el último, quien llegó en una comunicacion calorosa á amenazar al gefe con que tirando la faja y abjurando el nombre de español le dejaría espuesto á la mas insoportable ignominia.—La-hera cedió al fin, y de este modo se prepararon los altos hechos que dan á Bilbao la nombradía de Zaragoza en la guerra de 1808.

El Estatuto y Martinez de la Rosa no podian servir para mas que un punto de transicion, y cuanto pasara de esta línea era provocar una revolucion incompressible.—La mortaja de pasadas épocas no venia bien á un siglo que aspiraba á regenerar la sociedad política, y en valde se prometia el gefe de la fraccion anillera detener las aspiraciones de la España del siglo XIX entre las redes de sus argucias, y adormecerlas al influjo de su atildada y melosa elocuencia.—En Madrid estalló la insurreccion de la Casa de Correos, acaudillada por el ayudante de Aragon, Car-

dero, costando la vida á Canterac, y poniendo al gabinete en la necesidad vergonzosa de transijir con los rebelados.—En Málaga hubo un sério lance que cortó la retirada de la autoridad militar.—Zaragoza y Murcia fueron teatro de crueles escesos con eclesiásticos y monges: escesos siempre vituperables, pero que es preciso reconocer provocaban clérigos y religiosos: los unos apareciendo incitadores de las sañas carlinas; los otros descubiertos en planes contra las instituciones que tenían juradas; gran número de ministros del altar colocados en una oposicion violenta y biliosa; permitiéndose en la cátedra sagrada apóstrofes é invectivas en daño de las nuevas ideas, y dirijiendo sus trabajos á producir la alarma y la perturbacion en las conciencias susceptibles; la generalidad apelando á el recurso de conmovier los ánimos sin perdonar miedo; desde la impostura, como *las llagas milagrosas* de la célebre Sor Patrocinio, que se decia en comunicacion estática con Jesucristo y sabedora por el Redentor de que el trono de Ataulfo pertenecia á Don Carlos, hasta la audacia del Arzobispo de Zaragoza, que reducía á prision y procuraba encausar á toda costa á los clérigos reputados por afectos á las ideas liberales.—Los contratiempos de nuestras armas daban lugar á que se dijera que si el gabinete descon-

fiase menos de los hombres de ideas avanzadas para no contemporizar con los adversarios de un modo que alentaba sus osadías, no habrian tenido tanta significacion los reveses.—En esto se hizo público el tratado de lord Elliot, tan inadmisibile para la seccion ardiente de uno y otro bando, como dejamos espuesto.—La noticia de que iba á discutirse en el Estamento de Procuradores el tratado, llenó las tribunas de un pueblo en exaltacion; y así como los soldados de Cardero se llevaron clavada en las bayonetas la fuerza del gabinete, segun la frase de un célebre orador, el pueblo de las tribunas, arrojado de ellas, concluyó con la dignidad del gobierno insultando y acometiendo furioso al Presidente del Consejo á la salida de la borrascosa session.—El autor del Estatuto comprendió que no le restaba el mas mínimo arbitrio para mantenerse en el poder, y declamando enardecido contra un pueblo que desechaba el sudario del panteon histórico con que quiso adornarle, legó el mando á su digno cólega el conde de Toreno.

El Conde á su regreso de la emigracion se habia presentado en actitud hostil al ministerio, y disponiéndose á una lucha temible para Martinez de la Rosa, conocedor de las dotes y recursos de su amigo; pero el autor de *la Revolucion de España* no pudo mante-